

# La METAMORFOSIS



Franz  
KAFKA

# La metamorfosis

Franz Kafka



Título original: *La metamorfosis*  
*Franz Kafka*

Diseño de portada: Literanda

© de la presente edición: Literanda, 2015

Este libro está registrado en Safe Creative con nº 0911265017132. Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa de los titulares del copyright la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

**Más ediciones en [www.literanda.com](http://www.literanda.com)**

Al despertar Gregorio Samsa una mañana, tras un sueño intranquilo, encontrase en su cama convertido en un monstruoso insecto. Hallábase echado sobre el duro caparazón de su espalda, y, al alzar un poco la cabeza, vio la figura convexa de su vientre oscuro, surcado por curvadas callosidades, cuya prominencia apenas si podía aguantar la colcha, que estaba visiblemente a punto de escurrirse hasta el suelo. Innumerables patas, lamentablemente escuálidas en comparación con el grosor ordinario de sus piernas, ofrecían a sus ojos el espectáculo de una agitación sin consistencia.

—¿Qué me ha sucedido? No soñaba, no. Su habitación, una habitación de verdad, aunque excesivamente reducida, aparecía como de ordinario entre sus cuatro harto conocidas paredes.

Presidiendo la mesa, sobre la cual estaba esparcido un muestrario de paños —Samsa era viajante de comercio—, colgaba una estampa ha poco recortada de una revista ilustrada y puesta en un lindo marco dorado. Representaba esta estampa una señora tocada con un gorro de pieles, envuelta en una boa también de pieles, y que, muy erguida, esgrimía contra el espectador un amplio manguito, asimismo, de piel, dentro del cual desaparecía todo su antebrazo.

Gregorio dirigió luego la vista hacia la ventana; el tiempo nublado (sentíase repiquetear en el cinc del alféizar las gotas, de lluvia) infundióle una gran melancolía.

—Bueno —pensó—; ¿qué pasaría si yo siguiese durmiendo un rato y me olvidase de todas las fantasías?

Mas era esto algo de todo punto irrealizable, porque Gregorio tenía la costumbre de dormir sobre el lado derecho, y su actual estado no le permitía adoptar esta postura. Aunque se empeñaba en permanecer sobre el lado derecho, forzosamente volvía a caer de es-

paldas. Mil veces intentó en vano esta operación; cerró los ojos para no tener que ver aquel rebullicio de las piernas, que no cesó hasta que un dolor leve y punzante al mismo tiempo, un dolor jamás sentido hasta aquel momento, comenzó a aquejarle en el costado.

—¡Ay Dios! —dijose entonces—. ¡Qué cansada es la profesión que he elegido! Un día sí y otro también de viaje. La preocupación de los negocios es mucho mayor cuando se trabaja fuera que cuando se trabaja en el mismo almacén, y no hablemos de esta plaga de los viajes: cuidarse de los enlaces de los trenes; la comida mala, irregular; relaciones que cambian de continuo, que no duran nunca, que no llegan nunca a ser verdaderamente cordiales, y en que el corazón nunca puede tener parte. ¡Al diablo con todo!

Sintió en el vientre una ligera picazón. Lentamente, se estiró sobre la espalda, alargándose en dirección a la cabecera, a fin de poder alzar mejor la cabeza. Vio que el sitio que le escocía estaba cubierto de unos puntos blancos, que no supo explicarse. Quiso aliviarse tocando el lugar del escozor con una pierna; pero hubo de retirar ésta inmediatamente, pues el roce le producía escalofríos.

Deslizose, hasta recobrar su primitiva postura.

—Estos madrugones— dijose— le entontecen a uno por completo. El hombre necesita dormir lo justo. Hay viajeros que se dan una vida de odaliscas. Cuando a media mañana regreso a la fonda para anotar los pedidos, me los encuentro muy sentados, tomándose el desayuno. Si yo, con el jefe que tengo, quisiese hacer lo mismo, me vería en el acto de patitas en la calle. Y ¿quién sabe si esto no sería para mí lo más conveniente?

Si no fuese por mis padres, ya hace tiempo que me habría despedido. Me hubiera presentado ante el jefe y, con toda mi alma, le habría manifestado mi modo de pensar. ¡Se cae del pupitre! Que también tiene lo suyo eso de sentarse encima del pupitre para, desde aquella altura, hablar a los empleados, que, como él es sordo, han de acercársele mucho. Pero lo que es la esperanza, todavía no la he perdido del todo. En cuanto tenga reunida la cantidad necesaria para

pagarle la deuda de mis padres —unos cinco o seis años todavía—, ¡vaya si lo hago! Y entonces, sí que me redondeo. Bueno; pero, por ahora, lo que tengo que hacer es levantarme, que el tren sale a las cinco.

Volvió los ojos hacia el despertador, que hacía su tic-tac encima del baúl.

—¡Santo Dios! —exclamó para sus adentros.

Eran las seis y media, y las manecillas seguían avanzando tranquilamente. Es decir, ya era más. Las manecillas estaban casi en menos cuarto. ¿Es que no había sonado el despertador? Desde la cama podía verse que estaba puesto efectivamente en las cuatro; por lo tanto, tenía que haber soñado. Mas ¿era posible seguir durmiendo impertérrito a pesar de aquel sonido que conmovía hasta a los mismos muebles? Su sueño no había sido tranquilo. Pero, por lo mismo, probablemente tanto más profundo. Y ¿qué se hacía él ahora? El tren siguiente salía a las siete; para alcanzarlo, era preciso darse una prisa loca. El muestrario no estaba aún empaquetado, y, por último, él mismo no se sentía nada dispuesto. Además, aunque alcanzara el tren, no por ello evitaría la filípica de su amo, pues el mozo del almacén, que habría bajado al tren de las cinco, debía de haber dado ya cuenta de su falta.

Era el tal mozo una hechura del amo, sin dignidad ni consideración. Y si dijese que estaba enfermo, ¿qué pasaría? Pero esto, además de ser muy penoso, infundiría sospecha, pues Gregorio, en los cinco años que llevaba empleado, no había estado malo ni una sola vez. Vendría de seguro el principal con el médico del Montepío. Se desataría en reproches, delante de los padres, respecto a la holgazanería del hijo y cortaría todas las objeciones alegando el dictamen del galeno, para quien todos los hombres están siempre sanos y sólo padecen de horror al trabajo. Y la verdad es que, en este caso, su opinión no habría carecido completamente de fundamento. Salvo cierta somnolencia, desde luego superflua después de tan prolonga-

do sueño, Gregorio sentíase admirablemente, con un hambre particularmente fuerte.

Mientras meditaba atropelladamente, sin poderse decidir a abandonar el lecho, y justo en el momento en que el despertador daba las siete menos cuarto, llamaron quedo a la puerta que estaba junto a la cabecera de la cama.

—Gregorio —dijo una voz, la de la madre—, son las siete menos cuarto. ¿No ibas a marcharte de viaje?

¡Qué voz más dulce! Gregorio se horrorizó al oír en cambio la suya propia, que era la de siempre, sí, pero que salía mezclada con un doloroso e irreprimible pitido, en el cual las palabras, al principio claras, con claras, confundíanse luego, resonando de modo que no estaba uno seguro de haberlas oído. Gregorio hubiera querido contestar dilatadamente, explicarlo todo; pero, en vista de ello, limitose a decir:

—Sí, sí. Gracias, madre. Ya me levanto. A través de la puerta de madera, la mutación de la voz de Gregorio no debió de notarse, pues la madre se tranquilizó con esta respuesta y se retiró.

Pero este corto diálogo hizo saber a los demás miembros de la familia que Gregorio, contrariamente a lo que se creía, estaba todavía en casa. Llegó el padre a su vez y, golpeando ligeramente la puerta, llamó: “Gregorio, ¡Gregorio! ¿Qué pasa?” Esperó un momento y volvió a insistir, alzando algo la voz: “Gregorio, ¡Gregorio!” Mientras tanto, detrás de la otra hoja, la hermana lamentábase dulcemente: “Gregorio, ¿no estás bien? ¿Necesitas algo? —”Ya estoy listo”, respondió Gregorio a ambos a un tiempo, aplicándose a pronunciar, y hablando con gran lentitud, para disimular el sonido inaudito de su voz. Tornó el padre a su desayuno, pero la hermana siguió musitando:

“Abre, Gregorio, te lo suplico”. En lo cual no pensaba Gregorio, ni mucho menos, felicitándose, por el contrario, de aquella precaución suya —hábito contraído en los viajes— de encerrarse en su cuarto por la noche, aun en su propia casa. Lo primero era levantar

tarse tranquilamente, arreglarse sin ser importunado y, sobre todo, desayunar. Sólo después de efectuado todo esto pensaría en lo demás, pues de sobra comprendía que en la cama no podía pensar nada a derechas. Recordaba haber sentido ya con frecuencia en la cama cierto dolorcillo, producido sin duda por alguna postura incómoda, y que, una vez levantado, resultaba ser obra de su imaginación; y tenía curiosidad por ver cómo habrían de desvanecerse paulatinamente sus imaginaciones de hoy. No dudaba tampoco lo más mínimo de que el cambio de su voz era simplemente el preludio de un resfriado mayúsculo, enfermedad profesional del viajante de comercio.

Arrojar la colcha lejos de sí era cosa harto sencilla. Bastaríale para ello con abombarse un poco: la colcha caería por sí sola. Pero la dificultad estaba en la extraordinaria anchura de Gregorio. Para incorporarse, podía haberse ayudado de los brazos y las manos; mas, en su lugar, tenía ahora innumerables patas en constante agitación y le era imposible hacerse dueño de ellas. Y el caso es que él quería incorporarse. Se estiraba; lograba por fin dominar una de sus patas; pero, mientras tanto, las demás proseguían su libre y dolorosa agitación: “No conviene, hacer el zángano en la cama”, pensó Gregorio.

Primero intentó sacar del lecho la parte inferior del cuerpo. Pero esta parte inferior —que por cierto no había visto todavía, y que, por lo tanto, le era imposible representarse en su exacta conformación— resultó ser demasiado difícil de mover. La operación se inició muy despacio. Gregorio, frenético ya, concentró toda su energía y, sin pararse en barras, se arrastró hacia adelante. Mas calculó mal la dirección, se dio un golpe tremendo contra los pies de la cama, y el dolor que esto le produjo demostróle, con su agudeza, que aquella parte inferior de su cuerpo era quizás, precisamente, en su nuevo estado, la más sensible. Intentó, pues, sacar primero la parte superior, y volvió cuidadosamente la cabeza hacia el borde del lecho. Esto no ofreció ninguna dificultad, y, no obstante su anchura y su peso, el cuerpo todo siguió, por fin, aunque lentamente, el movimiento iniciado por la cabeza. Mas, al verse con ésta colgando en el

aire, le entró miedo de continuar avanzando en igual forma, porque, dejándose caer así, era preciso un verdadero milagro para sacar intacta la cabeza; y, ahora menos que nunca, quería Gregorio perder el sentido. Antes prefería quedarse en la cama.

Mas cuando, después de realizar a la inversa los mismos esfuerzos, subrayándolos con hondísimos suspiros, hallose de nuevo en la misma posición y tornó a ver sus patas presas de una excitación mayor que antes, si era posible, comprendió que no disponía de medio alguno para remediar tamaño absurdo, y volvió a pensar que no debía seguir en la cama y que lo más cuerdo era arriesgarlo todo, aunque sólo le quedase una ínfima esperanza. Pero al punto recordó que, hartó mejor que tomar decisiones extremas, era meditar serenamente. Sus ojos se clavaron con fuerza en la ventana; mas, por desgracia, la vista de la niebla que aquella mañana ocultaba por completo el lado opuesto de la calle, pocas esperanzas y escasos ánimos había de infundirle.

“Las siete ya —díjose al oír de nuevo el despertador—. “Las siete ya, y todavía sigue la niebla!” Durante unos momentos, permaneció echado, inmóvil y respirando quedo, cual si esperase volver en el silencio a su estado normal.

Pero, a poco, pensó: “Antes de que den las siete y cuarto es indispensable que me haya levantado. Sin contar que, entretanto, vendrá seguramente alguien del almacén a preguntar por mí, pues allí abren antes de las siete”. Y se dispuso a salir de la cama, balanceándose cuan largo era. Dejándose caer en esta forma, la cabeza, que tenía el firme propósito de mantener enérgicamente erguida, saldría probablemente sin daño alguno. La espalda parecía tener resistencia bastante: nada le pasaría al dar con ella en la alfombra.

Únicamente hacía vacilar el temor al estruendo que esto habría de producir, y que sin duda daría origen, detrás de cada puerta, cuando no a un susto, por lo menos, a una inquietud. Mas no quedaba otro remedio que afrontar esta perspectiva.

Ya estaba Gregorio a medias fuera de la cama (el nuevo método antes parecía un juego que un trabajo, pues sólo implicaba el balancearse siempre hacia atrás), cuando cayó en la cuenta de que todo sería muy sencillo si alguien viniese en su ayuda. Con dos personas robustas (y pensaba en su padre y en la criada) bastaría. Sólo tendrían que pasar los brazos por debajo de su abombada espalda, desenfundarle del lecho y, agachándose luego con la carga, permitirle solícitamente estirarse por completo en el suelo, en donde era de presumir que las patas demostrarían su razón de ser. Ahora bien, y prescindiendo de que las puertas estaban cerradas, ¿convenía realmente pedir ayuda?

Pese a lo apurado de su situación, no pudo por menos de sonreírse. Había adelantado ya tanto, que un solo balanceo, más pronunciado que los anteriores, bastaría para hacerle perder casi por completo el equilibrio. Además, muy pronto no le quedaría otro remedio que tomar una determinación, pues sólo faltaban ya cinco minutos para las siete y cuarto. En esto, llamaron a la puerta del piso. “De seguro es alguien del almacén” —pensó Gregorio, quedando de pronto suspenso, mientras sus patas seguían danzando cada vez más rápidamente. Un punto, permaneció todo en silencio. “No abren”, pensó entonces asiéndose a tan descabellada esperanza. Pero, como no podía por menos de suceder, sintieron aproximarse a la puerta las fuertes pisadas de la criada. Y la puerta se abrió. Bastole a Gregorio oír la primera palabra pronunciada por el visitante, para percatarse de quién era. Era el principal en persona.

¿Por qué estaría Gregorio condenado a trabajar en una casa en la cual la más mínima ausencia despertaba inmediatamente las más trágicas sospechas? ¿Es que los empleados, todos en general y cada uno en particular, no eran sino unos pillos? ¿Es que no podía haber entre ellos algún hombre de bien que, después de perder aunque sólo fuese un par de horas de la mañana, se volviese loco de remordimiento y no se hallase en condiciones de abandonar la casa? ¿Es que no bastaba acaso con mandar a preguntar por un chico,

suponiendo que tuviese fundamento esta manía de averiguar, sino que era preciso que viniese el mismísimo principal a enterar a toda una inocente familia de que sólo él tenía calidad para intervenir en la investigación de tan tenebroso asunto? Y Gregorio, más bien sobreexcitado por estos pensamientos que ya decidido a ello, arrojase enérgicamente del lecho.

Se oyó un golpe sordo, pero que no podía propiamente calificarse de estruendo. La alfombra amortiguó la caída; la espalda tenía también mayor elasticidad de lo que Gregorio había supuesto, y esto evitó que el ruido fuese tan espantoso como se temía. Pero no tuvo cuidado de mantener la cabeza suficientemente erguida; se hirió, y el dolor le hizo restregarla rabiosamente contra la alfombra.

—Algo ha ocurrido ahí dentro —dijo el principal en la habitación de la izquierda. Gregorio intentó imaginar que al principal pudiera sucederle algún día lo mismo que hoy a él, posibilidad ciertamente muy admisible. Pero el principal, como contestando brutalmente a esta suposición, dio con energía unos cuantos pasos por el cuarto vecino, haciendo crujir sus botas de charol. Desde la habitación continua de la derecha, susurró la hermana esta noticia:

“Gregorio, que ahí está el principal”. —”Ya lo sé”, contestó Gregorio para sus adentros. Pero no osó levantar la voz hasta el punto de hacerse oír de su hermana.

—Gregorio —dijo por fin el padre desde la habitación contigua de la izquierda—, Gregorio, ha venido el señor principal y pregunta por qué no te marchaste en el primer tren. No sabemos lo que debemos contestarle. Además, desea hablar personalmente contigo. Con que haz el favor de abrir la puerta. El señor principal tendrá la bondad de disculpar el desorden del cuarto. —¡Buenos días, señor Samsa! —terció entonces amablemente el principal—. No se encuentra bien —dijo la madre a este último mientras el padre continuaba hablando junto a la puerta—. No está bueno, créame usted, señor principal. ¿Cómo, si no, iba Gregorio a perder el tren? Si el chico no tiene otra cosa en la cabeza más que el almacén.

¡Si casi me molesta que no salga ninguna noche! Ahora, por ejemplo, ha estado aquí ocho días; pues bien, ¡ni una sola noche ha salido de casa! Se sienta con nosotros, haciendo corro alrededor de la mesa, lee el periódico sin decir palabra o estudia itinerarios. Su única distracción consiste en trabajos de carpintería. En dos o tres veladas, ha tallado un marquito. Cuando lo vea usted, se va a asombrar; es precioso. Ahí está colgado, en su cuarto; ya lo verá usted en seguida, en cuanto abra Gregorio. Por otra parte, celebro verle a usted, señor principal, pues nosotros solos nunca habiéramos podido decidir a Gregorio a abrir la puerta. ¡Es más tozudo! Seguramente no se encuentra bien, aunque antes dijo lo contrario. —Voy en seguida —exclamó lentamente Gregorio, circunspecto y sin moverse para no perder palabra de la conversación—. De otro modo, no sabría explicármelo, señora —repuso el principal—.

Es de esperar que no será nada serio. Aunque, por otra parte, no tengo más remedio que decir que nosotros, los comerciantes, desgraciada o afortunadamente, como se quiera, tenemos a la fuerza que sufrir a menudo ligeras indisposiciones, anteponiendo a todo los negocios. —Bueno —preguntó, el padre, impacientándose y tornan-do a llamar a la puerta—: ¿puede entrar ya el señor principal? —No —respondió Gregorio. En la habitación contigua de la izquierda reinó un silencio lleno de tristeza, y en la habitación contigua de la derecha, comenzó a sollozar la hermana. Pero ¿por qué no iba ésta a reunirse con los demás? Ciertamente es que acababa de levantarse y que ni siquiera había empezado a vestirse. Pero ¿por qué lloraba? Acaso porque el hermano no se levantaba, porque no hacía pasar al principal, porque corría el peligro de perder su colocación, con lo cual el amo volvería a atormentar a los padres con las deudas de antaño.

Pero éstas, por el momento, eran preocupaciones completamente gratuitas. Gregorio estaba todavía allí, y no pensaba ni remotamente en abandonar a los suyos. Por el momento, yacía en la alfombra, y nadie que conociera el estado en que se encontraba hubiera pensado que podía hacer entrar en su cuarto al principal. Mas

esta pequeña descortesía, que más adelante sabría de seguro explicar satisfactoriamente, no era motivo suficiente para despedirle sin demora. Y Gregorio pensó que, por de pronto, hartó mejor que molestarle con llantos y discursos era dejarle en paz. Pero la incertidumbre en que se hallaban respecto a él era precisamente lo que aguijoneaba a los otros disculpando su actitud.

—Señor Samsa —dijo, por fin, el principal con voz campanuda—, ¿qué significa esto?

Se ha atrincherado usted en su habitación. No contesta más que sí o no. Inquieta usted grave e inútilmente a sus padres y, sea dicho de paso, falta a su obligación en el almacén de una manera verdaderamente inaudita. Le hablo a usted aquí en nombre de sus padres y de su jefe, y le ruego muy en serio que se explique al punto y claramente. Estoy asombrado; yo le tenía a usted por un hombre formal y juicioso, y no parece sino que ahora, de repente, quiere usted hacer gala de incomprensibles extravagancias. Cierto que el jefe me insinuó esta mañana una posible explicación de su falta: referíase al cobro que se le encomendó a usted hiciese anoche en efectivo, mas yo casi empeñé mi palabra de honor de que esta explicación no venía al caso. Pero ahora, ante esta incomprensible testarudez, no me quedan ya ganas de seguir interesándome por usted. Su posición de usted no es, ni con mucho, muy segura.

Mi intención era decirle a usted todo esto a solas; pero, como usted tiene a bien hacerme perder inútilmente el tiempo, no veo ya por qué no habrían de enterarse también sus señores padres. En estos últimos tiempos, su trabajo ha dejado mucho que desear. Cierto que no es ésta la época más propicia para los negocios; nosotros mismos lo reconocemos. Pero, señor Samsa, no hay época, no debe haberla, en que los negocios estén completamente parados.

—Señor principal —gritó Gregorio fuera de sí, olvidándose en su excitación de todo lo demás—. Voy inmediatamente, voy al momento. Una ligera indisposición, un desvanecimiento, impidiome levantarme. Estoy todavía acostado. Pero ya me siento completamen-

te despejado. Ahora mismo me levanto. Un momento de paciencia! Aún no me encuentro tan bien como creía. Pero ya estoy mejor. ¡No se comprende cómo le pueden suceder a uno estas cosas!

Ayer tarde estaba yo tan bueno. Sí, mis padres lo saben. Mejor dicho, ya ayer tarde tuve una especie de presentimiento. ¿Cómo no me lo habrán notado? Y ¿por qué no lo diría yo en el almacén? Pero siempre cree uno que podrá pasar la enfermedad sin necesidad de estar en casa. ¡Señor principal, tenga consideración con mis padres!

No hay motivo para todos los reproches que me hace usted ahora; nunca me han dicho nada de eso. Sin duda, no ha visto usted los últimos pedidos que he transmitido. Por lo demás, saldré en el tren de las ocho. Este par de horas de descanso me ha dado fuerza. No se detenga usted más, señor principal. En seguida voy al almacén. Explique usted allí esto, se lo suplico; así como que presente mis respetos al jefe. Y mientras espetaba atropelladamente este discurso, sin casi saber lo que decía, Gregorio, gracias a la soltura ya adquirida en la cama, se aproximó fácilmente al baúl e intentó enderezarse apoyándose en él. Quería efectivamente abrir la puerta, dejarse ver del principal, hablar con él. Sentía curiosidad por saber lo que dirían cuando le viesen los que tan insistentemente le llamaban. Si se asustaban, Gregorio encontrábase desligado de toda responsabilidad y no tenía por qué temer. Si, por el contrario, se quedaban tranquilos, tampoco él tenía por qué excitarse, y podía, dándose prisa, estar realmente a las ocho en la estación. Varias veces se escurrió contra las lisas paredes del baúl; pero, al fin, un último brinco le puso en pie. De los dolores de vientre, aunque muy vivos, no se cuidaba. Dejose caer contra el respaldo de una silla cercana, a cuyos bordes agarrose fuertemente con sus patas. Logró a la vez recobrar el dominio de sí mismo, y calló para escuchar lo que decía el principal.

—¿Han entendido ustedes una sola palabra? —preguntaba éste a los padres—. ¿No será que se hace el loco? —¡Por amor de Dios! —exclamó la madre, llorando—. Tal vez se sienta muy mal y nosotros le estamos mortificando. —Y seguidamente llamó: —¡Gregorio!

¡Grete! —¿Qué, madre? —contestó la hermana desde el otro lado de la habitación de Gregorio, a través de la cual hablaban. —Tienes que ir en seguida a buscar al médico; Gregorio está malo. Ve corriendo.

¿Has oído cómo hablaba ahora Gregorio? —Es una voz de animal —dijo el principal, que hablaba en voz extraordinariamente baja, comparada con la gritería de la madre. —¡Ana! ¡Ana! —llamó el padre, volviéndose hacia la cocina a través del recibimiento y dando palmadas—. —Vaya inmediatamente a buscar un cerrajero.

Ya se sentía por el recibimiento el rumor de las faldas de las dos muchachas que salían corriendo (¿cómo se habría vestido tan de prisa la hermana?), y ya se oía abrir bruscamente la puerta del piso. Pero no se percibió ningún portazo. Debieron de dejar la puerta abierta, como suele suceder en las casas en donde ha ocurrido una desgracia.

Gregorio, empero, hallábase ya mucho más tranquilo. Cierto es que sus palabras resultaban ininteligibles aunque a él le parecían muy claras, más claras que antes, sin duda porque ya se le iba acostumbrando el oído. Pero lo esencial era que ya se habían percatado los demás de que algo insólito le sucedía y se disponían a acudir en su ayuda. La decisión y firmeza con que fueron tomadas las primeras disposiciones le aliviaron. Sintiose nuevamente incluido entre los seres humanos, y esperó de los dos, del médico y del cerrajero, indistintamente, acciones extrañas y maravillosas.

Y, a fin de poder intervenir lo más claramente posible en las conversaciones decisivas que se avecinaban, carraspeó ligeramente, forzándose a hacerlo muy levemente, por temor a que también este ruido sonase a algo que no fuese una tos humana, cosa que ya no tenía seguridad de poder distinguir. Mientras tanto, en la habitación contigua, reinaba un profundo silencio. Tal vez los padres, sentados juntos a la mesa con el principal, cuchicheaban con éste. Tal vez estaban todos pegados a la puerta escuchando.

Gregorio se deslizó lentamente con el sillón hacia la puerta; al llegar allí, abandonó el asiento, arrojose contra ésta y se sostuvo en